

## DESTRUCCIÓN DEL OBSERVATORIO DE MANILA

por

MIGUEL SELGA, S. I.

Director que fué del mismo Observatorio

CUANDO joven, declamé varias veces en la clase de humanidades, con más o menos sentimiento, la oda que Rodrigo Caro compuso a las ruínas de Itálica:

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora  
Campos de soledad, mustio collado,  
Fueron un tiempo Itálica famosa.

Parecidos sentimientos, pero arrancados de lo más profundo del alma, se agolpaban a mi corazón, el 7 de marzo de 1945, cuando, con los ojos arrasados en lágrimas contemplaba las ruínas del Observatorio de Manila y me esforzaba por distinguir e individualizar entre montones de cascotes lo que por lustros había sido asiento del saber, atalaya de observaciones meteorológicas, pabellón de tránsito de estrellas, cúpula astronómica, sala de transmisión de señales horarias, gabinete de sismógrafos, biblioteca de sabios, oficina científica de personas dedicadas exclusivamente al fomento de la cultura internacional. Parafraseando a Caro, se me venían a la mente estas líneas:

Estos, alma, ¡ay dolor! que ves ahora  
Campos de soledad, montón de escombros,  
Fueron un tiempo cúpula famosa.

Bajo la acción devastadora de un incendio, premeditado y criminal, quedaron convertidos en ceniza centenares de millares de gráficos meteorológicos, que las plumas inscriptoras de los aparatos registradores habían fielmente trazado en los registros, y quedaron reducidas a polvo millones de observaciones meteorológicas, sísmicas y astronómicas, que la inteligencia y lealtad de más de doscientos observadores, distribuidos por casi todas las

islas del Archipiélago Filipino, habían acumulado, día tras día, hora tras hora, en los últimos ochenta años.

Doloroso es para el corazón humano tener que presenciar la desaparición final de un ser querido. No hay palabras que expresen el dolor que embarga el corazón de un padre, de pie, ante la tumba de los que habían sido la alegría y orgullo de su pasado y constituían la esperanza del porvenir, tronchados en la flor de la vida, de un golpe, a la vez, súbitamente, por mano inicua. No es de esperar que dé latidos, por muchos años el corazón, en cuyo fondo la adversidad ha hundido el puñal del dolor. Antes de que sobrevenga el último latido, séame lícito hacer una narración, breve y sencilla, de los últimos días del Observatorio. Para proceder con orden y claridad, narraré la destrucción primero del Observatorio Meteorológico y Astronómico en Manila; segundo, la del Servicio sísmico en Filipinas, y tercero, la del Departamento Magnético en Antipolo, narraciones éstas que irán apareciendo, D. m., en artículos sucesivos.

La agonía del Observatorio Meteorológico y Astronómico abarca un período de tres años y 53 días, desde el 8 de diciembre de 1941 al 10 de febrero de 1945. Dentro de este cuadro general debemos distinguir dos períodos de casi igual duración: primero desde el 8 de diciembre de 1941 al 1.º de julio de 1943; segundo, desde el 1.º de julio de 1943 hasta el 10 de febrero de 1945.

El día en que los aeroplanos japoneses atacaron a Pearl Harbor, el Observatorio de Manila estaba integrado por cuatro Departamentos, a saber: meteorológico, astronómico, sísmico y magnético. Los aparatos de este último, desde 1911 funcionaban en Antipolo, adonde tuvieron que ser trasladados, al establecerse

[Presented to Father W.F. Hyland, S.J., by Father M. Selga, S.J.]